
FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit Fr. Gerundium et Tirabequem opponere se transactioni, dummodo sit sine menoscabo, anathema sit.

Si alguno dijere que Fr. Gerundio y Tirabeque se oponen á la transaccion, con tal que sea *sin menoscabo*, le arreo un sepan-cuantos que ha de ir mas listo que un cuco.

CONC. 6. GERUND.

LAS INCLINACIONES DE TIRABEQUE.

¿No te lo dije, Pelegrin? ¿No te dije que la accion de Villarreal iba á tener *secuencias*? Ya tienes al hermano Baldomero en Durango, hombre. Tu que desconfiabas tanto de que avanzára, tu que creias que nunca habia de ir de veras, ¿crees que vá

de verás ahora?—Señor, *me inclino á creerlo.*—Pues, amigo, yo en vista del aspecto que por allí va tomando la guerra, y de los progresos que por otra lado va haciendo el hermano Leon, pienso que hemos de tener que ocuparnos luego de hacer un himno de alabanza á los dos valientes generales, que donde quiera que se presentan llenan de pavor y abuyentan aterrado al enemigo.—Señor, yo también *me voy inclinando á lo mismo.*—Y pienso, Pelegrin, que el pobre pretendiente ha de haber conocido ya que á sus pretensiones se las lleva la trampa, y que de *Real Magestad* que pensaba ser se ha convertido en un zarandillo á quien traen á mal traer y de ceca en meca por aquellos andurriales hecho un ave tonta sin saber lo que le pasa.—*Me inclino á lo mismo, señor.*—¿No le tienes lastima ya, Tirabeque?—Señor, *me inclino á tenerla, pero todavía no se la tengo.*

Eres muy cruel, hombre, ¿Y sabes que pienso que para el proyecto de transacción tanto se ha contado con él como contigo?—*Me inclino á eso, señor.*—Y en ese caso ya muda de aspecto el negocio, porque quiere decir que no habrá entrado en ella ese proyecto descabellado del matrimonio que tantas cosquillas te hacia á tí.
—*Me voy inclinando á que no habrá nada de eso, mi amo.*—Tanta es la confianza que me va inspirando la nueva fisonomía que han tomado de poco tiempo acá los asuntos políticos, que opino, Pelegrin, que el acomodamiento de que se trata es

aquel que te dije se haria *sin menoscabo* de la dinastia y de las instituciones.—*Me inclino á pensar del mismo modo, señor.*—Aunque, por otra parte, no veo yo como pueda hacerse *sin algun menoscabo*, principalmente de las instituciones y de la dignidad nacional.—Yo tambien *me inclino á que algun menoscabo* han de tener que sufrir por fuerza, señor.—Hombre, pareces tonto; tu á todo te inclinas igualmente.—Señor, cada uno tiene sus inclinaciones, y en inclinarse á una cosa á otra es libre todo el mundo.

Mira, Tirabeque. La prudencia, circunspeccion y reserva con que hay que tratar de los asuntos de trascendencia, cuando están todavia en embrión y no ha llegado el tiempo y sazón de revelarlos, contando al mismo tiempo con lo *inclinado* que tu eres á desembuchar cuanto en confianza te se dice, no me permiten confiarte ahora lo que de tan importantes negocios he podido á costa de ingeniarme traslucir; pero el estado que á la vista menos lince ellos mismos presentan me parece bastante á disipar esas nieblas de desconfianza que ofuscan, continuamente tu lega imaginacion, y que te hacen ver siempre oscuro, nebuloso, remoto y sombrío el término de esta lucha fatal. Y así soy de dictámen que debes ya decidido y resueltamente levantar la pata en señal de la confianza del próximo advenimiento de la paz que nos anima.—Señor, en vista de lo que vd. dice, y de lo que calla, y de lo que yo

veo, y de lo que no puedo ver, y de lo que ven todos, y de lo que se deja entrever y de lo que algunos se figuran que ven y no ven, ME INCLINO á levantar la pata; ¿quiere vd. mas?—Bien, pues levántala y verás que alegría infundes á los que la miran como el telégrafo de las buenas ó malas nuevas.—Levantar todavía no señor; digo que *me inclino* á levantarla; que no es poco en quien tan pesada y tan rebacia la ha sentido hasta ahora. Deje vd. que vea un poco mas claro, y entonces la levantaré. Entretanto *me inclino* á levantarla y no mas.

Un otro hombre gordo.

Digo *un otro*, porque no se crea que es el mismo *hombre gordo* de mi capillada 87 (1). No; hay diferencia de gordo á gordo; aquel era un gordo adocenado; este vale por una docena de gordos; es una especialidad gorda, es el *non plus gordus* de la especie humana. *La paz y el hombre gordo,*

(1) Correspondiente al 19 de octubre de 38.

he aquí los dos objetos *de bulto* sobre que han rodado todas las conversaciones de estos días en Madrid. Bien merecen sonar juntos, porque seguramente son dos fenómenos, que á no verlos no se creerian.

Desde la llegada del *Hombre gordo* á la corte empezó á hablarse de él como de una rareza, y no fue mi Paternidad reverenda quien menos curiosidad tuvo de verle; porque cansado de ver en España hombres flacos, y no menos cansado de conocer y censurar las flaquezas de los hombres; flaco tambien yo mismo, y con mis flaquezas correspondientes, deseaba encontrar un hombre que no las tuviera, y *D. Joaquín González* vino á llenar cumplidamente mis deseos. Supe que estaba en el parador de S. Bruno, y me encaminé allá con Tirabeque. Habia leído en los anuncios de los Diarios que tenia menos de cinco pies de estatura, y que pesaba diez y ocho arrobas: yo lo habia creído exageracion, pero la presencia del hombre vino á confirmar la verdad de los anuncios. Ahí le teneis, hermanos: contempladle y admiráos: nada hay aquí de fabuloso.

Aquí teneis esa obra exagerada de la naturaleza; ahí teneis esa produccion superlativa del suelo andaloz (2); ahí teneis el círculo máximo de la humanidad: ahí teneis los cuatro reinos de

(2) El hermano González es natural de Cádiz.

Andalucía en globo. Vosotros, injustos detractores de la tierra de María Santísima, vosotros, los que decís que en la Andalucía todo es pinturitas y exageración, todo poesía y nada de realidad, confundíos á la vista de esa realidad de carne, anonadaós á la presencia de ese hombre-prosa, enmudeced á la contemplación de esa verdad ventruída. Ese hombre no podía ser de otro país. Escusado es que presente sé de bautismo; demás estaría pedirle su carta de procedencia. Tanta superabundancia, tanta prodigalidad, tal profusión no podía proceder sino del fértil y generoso suelo de la Bética. Le ofendía á Cádiz estar separado de Gibraltar por un *estrecho* de agua, y produjo como en desquite un *ancho* de carne. El país que había producido los bueyes de Gerión no podía descansar hasta producir á Joaquín González.

Ahora es cuando creo yo que el paraíso terrenal está en Andalucía, y que allí deben vivir Elías y Enoch; pues así como el ser Campazas el pueblo de mejor pan de Castilla es prueba de que el Santísimo Sacramento es natural de Campazas (1); así el haber producido la Andalucía la obra mas voluminosa de la naturaleza humana, es prueba de que allí fue criado el primer hombre, y que allí está el Eden. ; Y á un país

(1) Este es punto ya fuera de toda cuestion.

que se explica con tanta *liberalidad* le querian esclavizar Clonard y Palarea! ¡Qué absurdo! ¡Qué ignorancia tan crasa del país!

El hombre gordo fué engendrado entre el estrépito de las armas: lo cual prueba que las musas no intervienen en la generacion, y que la generacion ni es arte ni es ciencia; pues si las musas, y las ciencias, y las artes huyen y se esconden del ruido del cañon, *musæ silent inter arma*, que dijo el poeta, la generacion ni se espanta, ni se acobarda, ni se debilita. Dígolo porque nació Gonzalez el año 10, cuando las huestes francesas lleuaban las fértiles campiñas de Andalucía. Y todo este circunloquio que yo he usado ahora no ha sido mas que para decir que *el hombre gordo* tiene 29 años. ¡Que cosas! Arguelles y Torero pensaban entonces de un mismo modo en Cadiz; cuánto se han separado desde que *el hombre gordo* nació, hasta que ha adquirido diez y ocho arrobas de peso.

Hijo de la libertad *el hombre gordo*, creció poco en los años del despotismo, por eso se ha quedado tan pequeño: parece que el absolutismo no le dejaba medrar. Y como la revolucion francesa de julio y el arribo de D. Pedro á Portugal, que fueron los preámbulos del recobro de nuestras libertades, le cogieron en la edad en que se deja ya de crecer, es decir, entre los 20 y 21 años, comenzó desde el año 31, segun él mismo me ha contado, á aumentar en latitud lo que en

longitud ya la naturaleza no le permitia. Desde entonces todo se le ha convertido en sustancia. ¡Dichoso él! A mi *me tienen consumido* tantos disparates como se han hecho. ¡Qué diferencia de naturalezas!

Era de ver al bueno de Tirabeque pasmado de ver al hombre provincia, y no acabando de comprender que toda aquella masa fuese sólida y positiva, iba hacer de las manos ojos como buen español, y á tocarle si yo no le hubiera reprendido el atrevimiento. Pero el *Gordo* imitando á Cristo resucitado cuando al ver que dudaban sus discípulos si era una aparicion fantástica lo que veian, ó era realmente su maestro, les dijo; «tocadme y ved si soy de carne y hueso como vosotros,» así él invitó á Tirabeque á que le tocase si gustaba. Pero yo de ningún modo se lo permití. «Señor, me dijo Pelegrin, no parece sino que este hombre trae medidas en el vientre todas las intrigas electorales, segun lo que le llenan y abultan.» Y volviéndose á él, «Vd., le dijo, habrá sido ministro lo menos tres ó cuatro veces como don Pio Pita.—Lo fui muchas veces, le respondió; pero nunca me duraba el ministerio sino una noche.—Basta para engordar, le replicó Tirabeque, con tal que la aprovechara vd. en hacer alguna contrata, ó le tocára á vd. dar la intendencia de la Habana ó reponer á otro que estuviera separado (1).—Ami-

(1) Sr. D. Domingo Jimenez, no vaya vd. á pensar que está lo decía Tirabeque por vd.; porque ni él sabía que



«Vd. habrá sido ministro lo menos tres ó cuatro
veces como D. Pio Pita.»
Fr. Ger. Tom. VII pág. 276.



Illustration of a man in a heavy coat, likely from a 19th-century text.

go, ni hice contratas, ni di intencencias.—Pues entonces ¿como engordó vd. tanto?—Ha de saber vd. que solamente he sido ministro en el teatro, porque era de profesion cómico, y despues fui apuntador. Y uno y otro he tenido que dejarlo, lo primero porque mi obesidad no me permitia la agilidad necesaria para la representacion, y lo segundo porque no cabia mi cuerpo en el agujero del apuntador, ni bastaba á cubrirme la concha ó torna-voz: y ahora gano mi vida haciendo el papel de protagonista en la comedia titulada *el Hombre Gordo* del Sr. Breton de los Herreros, como pienso hacerlo el domingo en el teatro del Principe.

Pues entonces, le replicó otra vez Tirabeque, comerá vd. mucho.—Una cosa regular no mas, le respondió. Lo que mas me gusta son las verduras y ensaladas, y entre ellas lo que como con mas gusto son los tirabeques (1).—Señor, vámonos de aqui, que este hombre me va á tragar lo mismo que tragó á Jonás la ballena. Entre leones y hombres gordos no gano yo para sustos, señor.—No tengas miedo, lego imbécil, que ningun hombre se traga á otro: no has de

vd. hubiese repuesto al hermano Pinillos en la Habana ni aunque lo supiera, tenia motivos para pensar nada malo, de de él ni de vd.

(1) Tirabeques se llaman en algunas provincias una especie de guisantes de tamaño mayor que el de los guisantes comunes.

ser pusilánime y meticuloso en tu vida.—Señor, pareceme que si me tragara, habia yo de nadar en el vientre mejor que en el tinajon del baño, sino fuera que me faltaria la respiracion.

El hombre gordo se reia, porque conoció luego la simplicidad de Pelegrin, y concordaba, segun decia, perfectamente su carácter con las noticias que de él ya traía. Colocada mi longilonga y demacrada humanidad al par de la robustísima y pingüísima persona del *hombre gordo*, parecíamos llamados á representar la desigualdad con que la naturaleza distribuye sus dones á los mortales; éramos el símbolo del *mucho y mal repartido*: cualquiera que nos hubiese visto diria que estábamos acusando en silencio á la divina providencia porque da á unos tanto y á otros tan poco. En moral éramos la prodigalidad y la avaricia; la opulencia y la mendicidad; la envidia y la fortuna; sin embargo, la fortuna parecia la suya y era la mia; la envidia parecia la mia y era la suya. En medicina éramos la hidropesia y la tisis. En farmacia una espátula y un tamiz. En retórica haciamos un antiteses de carne. En gramática éramos el dativo y el ablativo. En aritmética la cuenta de sumar y la de resta. En música un bombo y un flautin. En maquinaria hélica un mortero y una espoleta. En *destinología* un intendente general militar sin conciencia y un retirado de vergüenza y pundonor. En física una bomba y un tubo capilar. En astronomia un pla-

meta y un telescopio. En geografía una tierra pingüe y una roca escarpada. En historia de España D. Sancho el Craso y Felipe 2º. En historia financiera las arcas atestadas del siglo 18 y la bolsas vacías del 19. En religion un espiritualista rígido y ascético y un materialista de aquellos *quorum deus venter est*. Y en todo parecia que nos hacíamos burla uno á otro; como si fuésemos el medio mundo riéndose del otro medio reducido por medio de una simplificación algebraica á dos solas unidades. Todo este éramos el *hombre gordo* y *Fr. Gerundio* juntos.

Concluida nuestra visita, nos despedimos; no sin la esperanza de volver á ver aquella humanidad cuadrada (1) en el teatro la noche del domingo, segun estaba anunciado por carteles. Llegó en efecto la noche del 25. El teatro estaba atestado de gente como el caballo de Sinon (2): no habia una sola vacante: esto que en boca de un ministro es una evasiva rutinaria para engañar pretendientes, en boca de Fr. Gerundio, y hablando del teatro, es una verdad como un Joaquín González. Sin embargo yo apuesto á que para el hermano Alaix, si deja de ser ministro no falta una vacantilla, tal como la capitania general de la Isla de Cuba (3), que es una luneta

(1) Es decir; á aquel hombre multiplicado por sí mismo.

(2) El caballo de Troya.

(3) Que deja vacante el hermano Espeleta.

principal decente y allá me las den todas. Yo me había colocado en segunda fila como los oficiales cobardes. La representación dió principio con *El día mas feliz de la vida*. Así llamaba D. Juan Benavides al día de novio. O el tal don Juan Benavides estaba demente, ó la comedia se escribió cuando no había guerra civil. Para mi Fr. Gerundio, que así aborrezco una suegra doméstica, como una guerra intestina, el día mas feliz de la vida será el en que se diga, si llega el de decirlo, *ya hay paz.*

En fin, llegó la comedia de *el Hombre gordo*, y á su tiempo salió mi hombre gordo. El público se admiró de ver aquella hoveada ambulante, aquellas dos medias naranjas del templo de la humanidad que formaban su vientre y sus posas; y mi paternidad tambien quedó asombrado de ver la agilidad con que se movia de un lado á otro del escenario aquel Moncayo con piernas y narices. Viósele rodar por las tablas como una mentira, es decir, como una bola; en el hombre gordo hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad, al revés que en el sistema representativo, que hay muchas cosas que parecen verdad y son mentira. Pero el verle rodar causaba una impresión como cuando la fama de Carramolino andaba rodando por los suelos: esto es, daba risa y compasion á un tiempo; en Joaquín Gonzalez, porque se descubria demasiada gordura; en Juan de Dios Arévalo, porque se descubrían demasiadas flaquezas; Joaquín Gonzalez hace con la ma-

yor verdad la comedia el *Hombre gordo* de Breton: Juan Martin Arévalo hace con la mayor propiedad la comedia *Flaquezas ministeriales* del mismo Breton. Sin embargo, ni Breton cuando hizo su *Hombre gordo* pensó que hubiera un hombre tan gordo como Joaquin Gonzalez, ni cuando hizo sus *Flaquezas ministeriales* imaginó que hubiese un ministro tan flaco como Juan de Dios Martin. Este Breton tiene algo de Fr. Gerundio; describe los hombres en profecía; preséntanse despues los hombres en la escena, y si algo de verdad faltó en la pintura profética, fué por carta de menos, no por carta de mas. *Ex homine gordo et ministro flaco constat, ergo ita est.*

No han perdonado al *Hombre gordo* los estragos de la guerra civil, pues parece que habiendo interceptado los facciosos la galera en que hacia su último viaje, le robaron lo que llevaba, le tuvieron consigo algunos dias, é hicieron con él las gracias que acostumbran. Hagámonos cargo si el *Hombre gordo* deseará tambien la Paz.

Por la paz suspiramos
 los gordos y los flacos:
 la paz queremos todos,
 los flacos y los gordos (1).

(1) No hay regla sin escepcion. No faltan unos pocos que engordan con la guerra y dicen:
 Dure, dure la guerra,
 que bien nos va con ella.

La nariz moscosa.



Señor, ¿con que otra vez tenemos de presidente del Senado al Sr. Mocososo de Altamira?—Mocososo, Mocososo, Tirabeque, que no Mocososo; y mejor hicieras en limpiarte los tuyos, y no llamárselo á quien no lo es, puesto que aunque te parezca niño, no tiene náda de eso, antes es ya un venerable, aunque no lo parezca; pero tu no entiendes jota de afeites, y no lo extraño.—Señor, no lo decia yo en ese sentido, sino porque pensé que se llamaba así. Pero por muy venerable que sea, paréceme que no lo ha de ser tanto como el Sr. Tarancon, y nombrarle á él *presidente* y al Sr. Tarancon *vice*, se me hace que es un *vice-versa* de presidencias muy mal visto. Cuanto mas que en el Senado he visto yo muchas personas muy respetables que habían de parecer mejor que él en la silla de la presidencia.—Como que en mi concepto, Tirabeque, lo único que tiene así de presidencial son las narices.—Señor, aqui en-

Entre los papeles he visto yo unos versos que dicen:
*A las narices del Presidente: ¿los ha hecho vd.
 para él?—A ver, hombre.*

Era una gran nariz en poca chola,
 érase una nariz como un trinquete;
 érase una nariz cual gallardete
 que en el palo mesana se enarbola.

Nariz que en otra parte fuera cola;
 mas nariz que á un mortal toca y compete;
 nariz cuyo estornudo es un mosquito
 que deja patitioso al rey de Angola.

Nariz que de los mares toca el fondo;
 nariz, no cartilago, sino leña;
 hueca por dentro como crater hondo.

Si cuál es, me preguntas, su diseño,
es un asa de cántaro, respondo,
•y es un alma de cántaro su dueño.

No, hombre: ¿habia yo de llamar *alma de cántaro* al Sr. Moscoso? Aunque lo fuera, me libraría bien de llamárselo. Si yo quisiera decir algo de él, diria que habian hecho presidente del Senado á uno que no es senador, pues él no puede serlo mientras no le reelijan, por razon del titulillo aquel que te dije en otra ocasion le habian dado. Pero como yo nada tengo con él, callo mi boca y dejo que le hagan lo que quieran, con ley ó sin ley. Por lo demas, ese soneto, imitacion del célebre de Quevedo á otra nariz, no sé quién

le puede haber hecho, ni cómo se ha aparecido ahí, ni para qué presidente se haría.—Nada, señor; ese soneto no le hizo nadie, ni se hizo para ningún presidente, y aquí se apareció por encanto. Bien dicen por ahí las gentes, señor, que no hay peligro que á vd. le atrapen.
